

UNA VISIÓN HISPANOAMERICANA DE ATENAS DE LA
SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX: EL VIAJE A GRECIA DEL
PERUANO PEDRO PAZ SOLDÁN EN 1862

Hale Toledo
Universidad de Ankara*

Abstract: In this article, we will present a journey to Athens made by the Peruvian writer and diplomat Pedro Paz Soldán y Unanúe, which took place in May / July 1862. In the nineteenth century, Athens and Constantinople were two key destinations for the romantic travellers to the East. And so, Paz Soldán y Unanúe visits the Egypt, Syria, the Palestine, Turkey and Greece; his impressions were printed in the *Memorias de un Viajero Peruano* (Memoirs of a Peruvian Traveller). As far as we know, Paz Soldán is the only Hispano-American writer leaving us a testimony of a visit to the land of Pericles in the second half of nineteenth century. His memoirs of Athens depicted a lively picture of its historical monuments, society, language, religion, climate and rural life. In a word, his memoirs provide us with sober and concise descriptions, mainly to inform the reader; but we must also underline the literary and historical importance of this testimony for the study of social and cultural features of Greece at the end of nineteenth century.

Durante el siglo XIX Atenas y Constantinopla constituían dos destinos ineludibles de los viajeros románticos, especialmente franceses, en sus periplos por Oriente. Tal es el caso, entre otros, de François René Chateaubriand[†], Alfonso de Lamartine[‡], Gustavo Flaubert[§] y Teófilo Gautier. Estos escritores visitaron

() Hale TOLEDO es Profesora Asociada del Departamento de Español en la Facultad de Letras, Historia y Geografía de la Universidad de Ankara.

Dirección: Ankara Universitesi, Dil-Tarih Coğrafya Fakultesi, Ispanyolca Bolumu, Sihhiye, Ankara, Turquía. *E-Mail:* prtoledom@yahoo.es

[†] La primera edición en español sobre los viajes de Chateaubriand a Oriente fue publicada en Madrid en 1828, en dos volúmenes gracias a la traducción de Pedro M^o de Olive: *Nueva Descripción de la Tierra Santa, formada según el itinerario del viage ejecutado en el año 1806 por J. A. Chateaubriand de Paris a Jerusalem y de Jerusalem a Paris, yendo por Grecia y volviendo por Egipto, Berbería y España.*

[‡] *Viaje a Oriente.* Madrid: Madoz y Sagasti, 1846.

[§] FLAUBERT, GUSTAVE, *Voyage en Orient (1849-1851)*. París: Librairie de France, 1925. El capítulo correspondiente a Grecia y Atenas entre las páginas 261 y 330.

Hale Toledo, Una visión hispanoamericana de Atenas de la segunda mitad...

Atenas en 1806, 1832, 1850-1851 y 1852, respectivamente, dejando para la posteridad la visión romántica –creadora muchas veces de un mundo exótico– de la ciudad de Pericles. La visión de Oriente de estos autores marcará profundamente a los españoles que escriben sobre el mismo tema y recorren los mismos lugares, y, será esta visión la que posteriormente influirá en muchos de los hombres de letras hispanoamericanos.

Entre las descripciones de españoles, que por lo demás no son abundantes, podemos citar el *Diario* de Vicente Moreno de la Tejera, las *Cartas sobre política europea* de Emilio Castelar** y las crónicas sobre Grecia de Diego de Coello Quesada††, más bien políticas y concernientes a la Cuestión de Oriente. Más escasos son aún los testimonios sobre Grecia dejados por hispanoamericanos entre los siglos XVIII y XX. Hasta el presente sólo se conocen los testimonios de tres viajeros latinoamericanos que viajaron por Oriente –entre quienes se encuentra Pedro Paz Soldán y Unanúe–, y que pisaron el suelo de las antiguas metrópolis de Bizancio y Atenas. Los otros dos son el General venezolano Francisco de Miranda –prócer de la independencia de Venezuela– y el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, conocido como el príncipe de los cronistas. Sus visitas a Grecia las realizaron en los años 1786 y 1911, respectivamente. Nuestra intención es proporcionar aquí unas cuantas notas sobre el viaje a Atenas de Pedro Paz Soldán y Unanúe**†, conocido escritor y

** CASTELAR, EMILIO, *Cartas sobre política europea*. Madrid: Librería de A. de San Martín. 1876.

†† Véase MARTÍN ASUERO, PABLO, *Diego de Coello Quesada y la Cuestión de Oriente (1882-1897). Artículos sobre Turquía, Egipto, Sudán, Rumania, Serbia, Bulgaria, Grecia y los patriarcas orientales*. Estambul: Editorial Isis, 2003.

**† Pedro Paz Soldán y Unanúe, conocido también por el seudónimo de Juan de Arona, nació en Lima en 1839. Provenía de una familia notable de intelectuales del Perú, y reunió variadas facetas; fue poeta, escritor, periodista, hombre público, diplomático y viajero. Como poeta, su producción fue extensa, la mayoría difundida bajo el nombre de Juan de Arona. Sus versos estuvieron orientados a la crítica de las instituciones y del gobierno. Como funcionario diplomático representa a su país en Chile en los difíciles años de 1878-1879 y en Argentina entre 1880 y 1886. En Chile su labor es complicada, en momentos de pleno vigor de la Guerra del Pacífico. Como periodista tuvo como medio de difusión a su periódico El Chizpazo -editado en Lima entre 1891 y 1893- en donde publicaba su poesía y prosa satírica. Perteneció a la corriente literaria del Romanticismo, que surgió en el Perú en 1854.

Su obra tiene una palpable influencia de la poesía de Alfonso de Lamartine, cuyas obras son bastante bien conocidas en el Perú entre 1860 y 1870. Aunque la difusión de las obras de Lamartine decreció hacia fines del siglo XIX, su influjo permanece hasta bien entrado el siglo XX.

Su espíritu romántico le induce a efectuar un viaje por Europa y Oriente entre Junio de 1859 -en que llega a París- y 1863, en que visita Francia, Inglaterra, España y algunas naciones de Oriente. En Francia reside desde Diciembre de 1859 hasta Agosto de 1861, período en el que estudia Humanidades en la Sorbona, Filosofía y Derecho en el Colegio de Francia e Historia Natural en el Jardín de las Plantas. Mayores antecedentes en TOLEDO MANSILLA, PAULINO, *Descripciones hispanoamericanas de Estambul en el Imperio*

diplomático peruano de la época, el que llevó a cabo desde mediados de Mayo a Julio de 1862.

Antes de continuar, es del caso señalar el paralelismo existente entre las cosmovisiones de Francisco de Miranda (1750-1816) y Rigas Velestino^{§§} (1757-1798), profundamente humanistas, donde el concepto de ciudadano, sujeto y objeto de derechos, es la piedra angular de la idea de libertad. Asimismo, en ambos las ideas libertadoras se fundamentan en la Ilustración y su redescubrimiento de la Antigüedad clásica. Finalmente, en una actitud pre-romántica los dos héroes se enfrentaron a dos poderosos imperios de la época, Miranda al español y Rigas al otomano, logrando con sus proyectos libertarios la independencia de sus países. Valga la acotación para mostrar la diferencia entre la visión ilustrada de Miranda y la romántica de Paz Soldán, entre un devoto de la Grecia clásica y un viajero ilustrado, influido esencialmente por los románticos franceses. Las obras de Lamartine, por ejemplo, son bastante conocidas en el Perú de la segunda mitad del siglo XIX. Como el mismo lo expresa “el viajar fue entonces para mí un oficio, un arte, una ciencia, una tarea... Cuadernitos de bolsillo recibían diariamente mis apuntes escritos con lápiz y en francés” (Cap. II). Cabe señalar que el fomento del culto orientalista en Paz Soldán hay que buscarlo en la obra lamartiniana, de la que hay huellas muy visibles en sus escritos^{***}.

Las notas sobre su viaje a Europa y Oriente las transformó posteriormente en unas memorias que no alcanzó a publicar y que permanecieron inéditas por cerca de un siglo. Estuardo Núñez logró restacar del olvido esta obra y publicarla íntegramente en 1971 bajo el título de *Memorias de un viajero peruano*. Paz Soldán dedica a Grecia y Atenas casi ocho capítulos de sus Memorias, en donde ofrece descripciones sobrias, sin pretensiones y dotadas de una objetividad inteligente. Su obra sobre Grecia ya no es la obra especializada, de carácter científico o artístico como la que escribían los viajeros del siglo XVIII, con detalladas descripciones de ruinas clásicas o abundantes datos económicos o de botánica. Sus descripciones son más bien puntos de referencia para contrastar su universo cultural de procedencia con el que aparece en las zonas o lugares visitados. A modo de ejemplo: “Siguiendo el camino de Patisia se llega al pueblito o cortijo de este nombre que por sus flores y huertas es a Atenas lo que el Cercado a Lima” (Cap. XLV). Aparte de una brevísima acotación sobre el rey Otón^{†††}

otomano. Ankara: Embajada de Chile, 2004, pp. 110-117; *Diccionario Enciclopédico Hispano Americano*. Barcelona: Montaner y Simón, 1894, Tomo XIV, p. 1102.

^{§§} BÁDENAS DE LA PEÑA, PEDRO, “La recepción de Rigas en España”, en *España y la Cultura Hispánica en el Sureste Europeo*. Atenas: Ministerio de Asuntos Exteriores de España, 2000, pp. 110-111.

^{***} TOLEDO MANSILLA, *op. cit.*, p. 113.

^{†††} Otón de Baviera, llegado al trono en Mayo de 1832 cuando Grecia se constituyó como reino por el acuerdo alcanzado en Londres entre Inglaterra, Francia y Rusia.

Hale Toledo, Una visión hispanoamericana de Atenas de la segunda mitad...

no hay observaciones ni juicios sobre el acontecer político de Grecia, a pesar que este monarca fue destronado en Octubre de 1862, un par de meses después de su estadía.

Llegada de Paz Soldán a Atenas

La visita de Pedro Paz a Atenas es parte de un periplo por Oriente que comprendió Egipto, Siria, Palestina, Turquía y Grecia, visitando las ciudades de Alejandría, El Cairo, Beirut, Jafa, Damasco, Esmirna, Constantinopla y, finalmente, Atenas. Con este viaje a Grecia Paz Soldán cerraba su itinerario por el Levante “en donde lleno de ardor por la antigüedad clásica griega, debía permanecer más tiempo que en cualquiera otra de las ciudades de Oriente”. Paz Soldán será uno de los últimos románticos que viajará en el vapor “Simois”, de las “Messageries Imperiales” francesas “que es la que hace (o la que hacía) con otra línea austriaca llamada del *Lloyd*, el servicio del Mediterráneo” facilitando de esta manera una comunicación casi expedita, enlazando la mayoría de las ciudades mediterráneas de Oriente⁺⁺⁺. En 1888 se agregará un nuevo medio de transporte con la inauguración de la línea de ferrocarril entre Salónica y Constantinopla, el conocido Orient Express, cambiando con ello la visión mágica que se tenía de Constantinopla o el Pireo cuando el viajero arribaba por mar^{§§§}.

⁺⁺⁺ SPERCO, WILLY, *Istanbul. Paisaje littéraire*. París: La Nef de Paris Editions, s/f., p. 31.

^{§§§} MARTÍN ASUERO, *op. cit.*, p. 24.

El camino entre el Pireo y Atenas

Al amanecer del 16 de Mayo de 1862, Paz Soldán arribaba al puerto de Temístocles. El puerto del Pireo es la primera referencia que nuestro viajero tiene sobre Grecia: “El Pireo se compone de algunas casas modernas sin ningún interés y está situado en medio de un suelo árido”. La separación entre el Pireo y Atenas le hace recordar la situación casi similar que presenta el Callao con Lima en su país natal, cuando expresa que “la distancia entre Atenas y el Pireo, es como de Lima al Callao”. Posteriormente agrega que “el camino entre el Pireo y Atenas no es tan feo ni tan árido como me habían hecho creer algunas relaciones de viajeros. Por todas partes se extienden llanuras de trigo, y al borde del camino surgen álamos, olivos y morales, que al llegar a cierto sitio, hasta parecen darse una cita y componen una regular alameda” (Cap. XL).

Sus observaciones sobre la intensa actividad existente entre el Pireo y Atenas se centra sobre los medios de transporte de la época: “El movimiento con el Pireo, entonces que no había ferrocarril, era incesante, y el precio del carruaje, unos cuatro *dracmas*. También habían ómnibus que pasaban el día yendo y viniendo, y aún cocheros que partían tan pronto como reunían cuatro pasajeros a dracma por cabeza, convirtiéndose así en ómnibus de cuatro asientos. Los gritos constantes de los cocheros eran *Kató* (para abajo) cuando ofrecían llevar al Pireo, y *apano* (para arriba) cuando estaban en el puerto. No pocas veces acuñaban en el coche cinco y hasta seis personas, y tres en el pescante en cuyo caso el *automedonte* homérico iba en pie; hasta que lo rendía el cansancio y entonces se acomodaba muy suavemente en las rodillas de los que detrás venían, que soportaban con la mayor resignación, sea por virtud, sea por indolencia. Llegado el coche u ómnibus a la mitad del camino o sea *La Legua*, se detenía en un parador o venta” (Cap. XLIII).

La ciudad de Atenas

A su llegada a Atenas Paz Soldán se instala en el recientemente inaugurado Hotel de la Corona, ubicado en la intersección de las principales calles de la ciudad: “El Hotel de la Corona se acababa de estrenar, por lo que aún no tenía la fama del de los *extranjeros*, y hallábase situado en la *Plaza del Pueblo*. Al frente, de él comienza una de las principales calles de la ciudad; la de «Eolo» (*odos Eolu*), que va en línea recta a morir al pie mismo del Acrópolis formando antes una intersección o crucero con la de *Hermes* (*Mercurio*) que es otra calle principal. Hay asimismo una que lleva el nombre de «Byron» (*odos Vironos*) tan amado y tan popular aquí como en Venecia y otras ciudades de Italia; o cuando es aborrecido *Edmond About*, por su libro *La Grece Contemporaine*. Estas calles, como la mayor parte de la moderna Atenas, se asemejan bastante, o al menos más que las de cualquiera otra ciudad de Europa, a las de Lima, en su rectitud, latitud, aceras y edificios poco elevados” (Cap. XL). Según las notas de nuestro viajero la capital de Grecia estaba poblada en ese entonces por unos treinta mil habitantes.

Hale Toledo, Una visión hispanoamericana de Atenas de la segunda mitad...

La ciudad de Atenas –dice– “no es grande, por cualquiera calle se sale al campo y a las clásicas ruinas y a los pintorescos cafecitos situados en las inmediaciones, y aun en medio mismo de algunas de aquéllas. Parece una ciudad recién estrenada, recién abierta al público, y como que todo tuviera un carácter provisional, desde el idioma que se habla, hasta el traje nacional llamado «patikari»”.

He aquí sus interesantes observaciones sobre Atenas:

Los Paseos: “El paseo oficial de Atenas, es el de *Patisia*, al que se llega por el Boulevard de este nombre. Es un campo árido, privado no sólo de árboles, sino hasta de asomos de vegetación, y uno de los paseos menos dignos de este nombre que he visto. El camino que a él conduce es sumamente polvoroso, y entre carruajes y jinetes levantan una polvareda que sofoca”. Para Paz Soldán su paseo favorito era el Templo de Júpiter Olímpico: “Por las tardes en que el aire vetusto de las ruinas contrastaba lindamente con los lucidos carruajes y elegantes señoras, que allí se ostentaban con sus variados trajes y adornos, como flores momentáneas de esas ruinas desnudas de toda vegetación”.

El transporte: “El alquiler de un carruaje en Atenas es bastante módico y los cocheros, con el fustancillo blanco y el gorro colorado del traje nacional que ya he descrito están lo más del tiempo en pie en sus pescantes, listos al menor indicio de un transeúnte para correr a ponerse a su disposición, y recordando en su actitud a los automedontes de los bajos relieves”.

La miel: “La miel de abeja de Atenas está algunas veces tan cargada de olor a tomillo que se explica uno la fábula del néctar y ambrosía de los Dioses”. De la misma opinión es Francisco de Miranda cuando visita la ciudad en Junio de 1786****.

El teatro: “El teatro es malo y sucio, y después de haber permanecido un rato en él, me salí fastidiado de la ruidosa concurrencia. El programa de la función decía, *O Maniothis (El Maniático, furioso o loco)* y su protagonista era nada menos que el *Cardenio* que figura en *Don Quijote*; así que en el reparto detrás de *Kardenio* venían «Leonora, Bartolomeos, padre de Markella, Phernandos y un negro». El almanaque de los griegos no es enteramente conforme con el nuestro, y así la función de esa noche, que era la del 18 de mayo, estaba anunciada para el 6. Por esto los griegos siempre que escriben para europeos, ponen dos fechas, la suya y la que deducen” (Cap. XL).

Biblioteca Nacional: “La de Atenas no tiene nada de particular, aunque como todo lo de esta ciudad, olía a nuevo y a recién estrenado, y recordaba más bien la biblioteca de *La Valette* en Malta”.

**** CASTILLO DIDIER, MIGUEL, *Grecia y Francisco de Miranda*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos, Universidad de Chile, 1995, p. 119.

Barberos: “Las tiendas de los rapabarbas sí que no oían a cosa fresca y reciente, porque eran como las antiguas barberías de Lima, antes de la aparición de las peluquerías francesas, y en las que solía hallarse el triple oficio de barbero, sangrador y sacamuelas, faltando sólo el de albéitar para hacer un cuadrúpedo completo”.

Aves: “Los gritos del cárabo y otras aves vespertinas entre ellas la lechuza, el ave tradicional de Atenas y la constante compañera de Minerva, se oyen repetidas veces en esos desolados ámbitos, y componen un cuadro original”.

Clima: “A pesar de todo, las tardes, las puestas de sol son espléndidas y compensan de sobra la pesadez y el bochorno de los días. El verano es ardiente, seco, polvoroso, y con frecuentes ventarrones”.

Asimismo, son de interés los antecedentes que aporta sobre el desarrollo de Grecia en general y de su economía en esa época: “Grecia no contaba con ningún ferrocarril cuando yo lo visité; y en cuanto al alumbrado del gas, se estrenó durante mi permanencia, en una noche del mes de mayo de 1862, llenando de regocijo a los atenienses. Igualmente andaban muy escasos de moneda nacional, o mejor dicho, no poseían otra cosa que el centavo de cobre llamado «*leptá*», y del que habla con profusión. La moneda de plata que corre con el nombre de «*dracma*», y que hace las veces del franco o de la lira italiana, o de la peseta nuestra, se compone con las primeras monedas extranjeras que vienen a mano. El peso, conocido con el nombre de «*Thálari*», es unas veces mexicano, y otras el «*corbatón*» de Bolivia de a seis reales o *peso feble*” (Cap. XL).

Los cerros y colinas que circundan Atenas

Durante su estadía en Atenas sus cerros y colinas constituían los puntos de preferencia de los paseos vespertinos y matutinos de Paz Soldán por las inmediaciones de la ciudad. El *Licabeto*, –dice– es “el más puntiagudo, empinado y curioso de cuantos cerros circundan a *Athinas*, que es como la llaman los griegos modernos. Parece un peñasco marítimo, y en su misma punta se eleva una capillita dedicada a *San Jorge*, en la cual solía detenerme a descansar”. Otra de sus atalayas favoritas para admirar el paisaje ateniense “era la colina llamada de *Museo*^{†††}, cuyo nombre es de una antigüedad casi fabulosa. Anteriores a Homero, y unos trece o catorce siglos antes de Jesucristo, existieron los poetas Lino, Orfeo y Museo (éste discípulo de aquél). Museo según Pausanias, cantaba sus versos en esa colina, y en ella fue enterrado cuando murió de pura vejez, como debía sucederle más tarde a la mayor parte de los longevos poetas y filósofos griegos. Todo lo que queda del famoso Museo es la colina de su nombre, pues aun el poemita de *Hero* y *Leandro* que se le

††† CASTILLO DIDIER, *op. cit.*, p. 116-117.

Hale Toledo, Una visión hispanoamericana de Atenas de la segunda mitad...

atribuye, delata bien en sus neologismos que es posterior, no sólo al discípulo de Orfeo, sino al mismo Homero”.

La cornisa del Partenón y las colinas que forman el antiguo Estadio eran también otros dos de sus puntos de vista predilectos: “Al primer punto –dice– se sube por una escalera de caracol, de época veneciana que está a la izquierda de la entrada, y al segundo me dirigí con el fin de abrazar el panorama bajo un punto de vista enteramente distinto. La escalera de caracol a que me he referido, y una torre de ladrillos igualmente veneciana, son el lunar del Partenón, y la segunda lo afea y aun lo tapa desde cualquiera parte que se mire, aun desde el Pireo. Esta maldita torre fue mi pesadilla mientras estuve en Atenas, porque no podía echar los ojos al Acrópolis sin tropezar con ella”.

Otra de las colinas célebres de Atenas referidas por Paz Soldán es el *Pnyx*, en donde “se verificaban las asambleas”, existiendo aún “la tribuna, labrada en la roca, desde la cual los oradores dominaban al pueblo con la palabra”.

Campos de Atenas, suelo y vegetación

Temas atingentes a la geografía, en su sentido amplio, también están presentes en las notas de Paz Soldán sobre Atenas y Grecia. No deja de lado detalles como la conformación del suelo o la deforestación producto de las talas impuestas por los vencedores en las guerras del Ática. He aquí sus observaciones sobre estas materias:

La Campiña: “La campiña de Atenas está lejos de ser una campiña. Toda ella tiene algo de *Licabetoso*; está erizada por doquiera de guijarros y asperezas, como si Deucalión y Pirra acabaran de pasar por allí en su ingrata tarea de repoblar el orbe. La tierra no presenta el agradable color o tinte amarillo de los suelos vegetales, ese aspecto especial que tanto halaga después de una larga travesía, o de un viaje por arenales, es decir, después de lo incoloro e inhumano.”

El suelo: “El suelo es aquí blanquizco y polvoroso, y aunque por varias partes han plantado hileras de graciosos arbolitos dentro de la misma ciudad, parecidos a nuestros *molles*, y que según creo son *pimenteros*, la tierra conserva siempre en la superficie su aspecto de aridez y esterilidad, y parece soportar a más no poder el árbol que se le ha confiado. Creo que si la vigilancia de los jardineros de Atenas se adormeciera por algunos días, nos quedaríamos sin verde para siempre, cual si esta verdura fuera la de un teatro, o la de una feria, cuya duración es precaria. La *inhumanidad* del terreno, por el cual parece que nunca hubiera transitado un ser humano, todo, como he dicho, es *Lycabetoso*, recordando la etimología de esta palabra, que si no me engaño es *lycos*, lobos: el suelo ateniense huele a lobos” (Cap. XLI).

En otro párrafo acota que “no obstante lo que llevo dicho de la aridez de Atenas, de lo escabroso áspero y lleno de zarzas y pajas de este suelo, llamado ya por el mismo Homero *pedregoso*, *cascajoso* y *la árida Atenas* por Píndaro, no obstante esto, no le faltan sus gracias y partes risueñas que algo pueden justificar las bellísimas

descripciones que de las márgenes de Iliaso hace *Platón* en uno de sus diálogos. Estas contradicciones de la historia prueban que el suelo de Grecia ha pasado por vicisitudes y mudado de fases debido no a conmociones volcánicas como en otras partes, sino a conmociones sociales. Una de las primeras consecuencias de la guerra era la *tala*, ejercida principalmente en los olivares y viñedos que aún hoy mismo son característicos del Ática” (Cap. XLII).

Forestación: “La historia cita con respeto a un griego (no recuerdo ahora ni su nombre, ni su jerarquía, ni hacen muy al caso) que repobló los campos de laureles, de esos laureles llamados en Andalucía *adelfas*, y en Grecia *dafní*, y que tan comunes son hasta el presente en esta última parte”.

Principales árboles y plantas de Atenas y alrededores: “La esterilidad de Atenas no es pues absoluta, los *olivivos cabetes* irguiéndose sobre alfombras de viñedos de reluciente verdor; los *granados* con sus botones colorados; los *dafní* con sus flores color de sangre aguada y sus venenosas propiedades; los *plátanos* monstruosos que surgen en algunos lugares, como lo veremos más tarde y las *higueras* en fin, antiguas compañeras del hombre, agracian el panorama y consuelan la vista de trecho en trecho.

También es frecuente en la ciudad el *álamo*, que los griegos llaman *lefká*, *blanco*, como en otras partes se le califican de *plateado*.

El *aloe* era para mí el árbol del triunfo y de la transfiguración. Nada más poético y simbólico que el modo como se desarrolla esta planta de hojas cónicas y cartilaginosas. De un haz de ellas, carnosas, traposas que yacen como revueltas por el suelo, se levantan dos del centro, reuniéndose lo mismo que dos manos que se elevan juntas implorando. Estas dos hojas guías se abrazan por completo y acaban por convertirse en un tallo o tronco, que despunta a bastante altura, redondo y esbelto abriendo sus ramas en la cima a manera de abanico. Las ramas se extienden horizontalmente y terminan con la configuración de unas manos presentando sus palmas, como si llevaran algo en triunfo. Las hojas que han servido de cuna al árbol, permanecen a su pie volteadas, rebujadas. Diríase una bailarina de teatro, que habiendo soltado de repente a sus plantas algún pesado disfraz nigromántico o carnavalesco se ofrece a las miradas atónitas en toda su ágil esbeltez” (Cap. XLII).

Sobre el tomillo expresa “esas matitas ásperas, esos manojos de *yerba escobaria* que producen unas florecitas medio azules, y cuya planta es llamada por los griegos *thimari*, *thym* por los franceses, y tomillo por nosotros. Increíble parece que una mata tan silvestre, que una grosera taza de barro pueda ser depósito y pebetero de tan fragante olor. La única gracia que parece haberle quedado al suelo de Ática es la de brotar espontáneamente plantas aromáticas por todos lados, como para obligar al extranjero a que no pase sin clavarle la vista. Es la sonrisa hechicera que aún le queda a una vieja” (Cap. XLIV).

Sus mayores impresiones fueron para el *plátano oriental*, árbol desconocido para Paz Soldán y que abundaba en la zona de Kifisia, muy cerca de Atenas, a donde realizó una excursión: “Llegamos finalmente ante este *monstruo de la naturaleza*, como llamaba Cervantes a Lope de Vega, a ese árbol secular y desmesurado, acaso el

Hale Toledo, Una visión hispanoamericana de Atenas de la segunda mitad...

más grande y desmesurado que haya yo visto; y lo pongo en duda, porque el Oriente está lleno de *plátanos*, *sicómoros* y *cedros* tradicionales más o menos gigantesco. Se diría que estas interesantes regiones conservan su historia, escrita en árboles.

Lo que en Oriente se llama plátano no tiene nada que ver con la modesta *Musa Sapiantum* que en Lima conocemos con aquel nombre, y cuyo verdadero, parece ser *banano*. El plátano de Oriente (*Platanus orientalis*) que es poco más o menos el mismo del Mediodía de Europa, es un gran árbol, con su tronco, sus ramas y sus hojas y de ninguna manera una especie de planta herbácea como nuestro mal llamado *plátano*. Sus hojas tienen alguna semejanza con las de la parra, y el tronco es liso y de una corteza muy verde, aunque manchada a trechos por algunas placas overas, como la de nuestros *guayabos*, y las cuales traen a la memoria aquel romance de Góngora:

El tronco de ovas vestido / de un álamo verde y blanco

Casi todos los poetas latinos hablan con placer del plátano, lo que prueba cuán antigua es su hermosura. Horacio lo llama en alguna parte *célibe*, porque no se marita con ninguna planta trepadora como el olmo, el álamo y otros que en la antigüedad se destinaban a sostén o rodrigón de las parras:

Jamque ministrantem plalanum potantibus umbra.- Virg.

Algunos de los plátanos del Oriente han llegado a tomar proporciones y formas monstruosas, como embrutecidos de tanto vivir. Muchos de ellos están identificados con tradiciones que les han dado su nombre, y sirven de término de paseo, y aun de objeto especial de una pequeña romería” (Cap. XLV).

Los cafés

El café fue para Paz Soldán un espacio indispensable de su estadía en Atenas. Gran parte de mi vida –expresa– se pasó en los cafés, y “es justo que les consigne descripciones y recuerdos”. Agrega que “en Atenas como en todo el Oriente, nada hay más sencillo que establecer o más bien que improvisar un café. Se traen unas cuantas sillas y mesas al lugar donde va a verificarse alguna ceremonia y se reparten por las rocas, bajo los árboles como dé el terreno, y al aire libre. Una mala ramada o cobertizo de sencillez homérica construida a toda prisa cobija a los que preparan el café, que los concurrentes saborean a cielo raso” (Cap. XLII).

En su relato consigna los recuerdos de tres de estos pintorescos cafés de Atenas, a saber el de la calle de Eolo, Bella Gracia y el ubicado en las cercanías del Templo de Júpiter:

“El de la calle de Eolo era uno de los más pintorescos de Atenas y siempre estaba muy concurrido, principalmente de hombres del pueblo cuyas costumbres, de las más democráticas, iba yo a observar con interés. Tráiganme el café y un vaso.

Puesto el primero en la mesa, el mozo tomaba el segundo e iba a llenarlo a la fuente, porque parecía de rigor que el parroquiano bebiera agua, y que ésta fuera la del uso común.

El café de la Bella Grecia está situado dentro de la misma ciudad y bajo techo y no presenta ningún interés. Allí sólo iba yo por el buen abastecimiento de periódicos extranjeros en los días de vapor. Los mozos me servían... periódicos, y creo que nunca me preguntaron si tomaba algo. Esta desentendencia o poco anhelo por vender me chocaba en todos los establecimientos de Atenas, y nunca pude explicarme si provenía de noble desprendimiento, o de indolencia y pereza. Una turba de jóvenes ociosos y al parecer ignorantes, y unos viejos que pululaban en el café en esos días, se disputaban y arrebataban los diarios con tal avidez, que parecía que la patria, la familia, que la mitad de la vida e intereses de los Helenos se hallaban en Europa.

Entre el Templo de *Júpiter Olímpico* (lo que de él queda) y el antiguo Estadio, ya enteramente en el campo, había otro cafecito delicioso por su situación. Ocupaba el centro de un jardín bastante grande donde se hallaba oculto como un nido, entre higueras y otros árboles de espeso follaje, juncos, cañas, rosales y toda clase de flores. Este cafecito, disimulado y escondido, comunicaba con la calzada que pasaba por delante por medio de un puentecito de madera al gusto suizo, tendido sobre el seco *Iliso* a quien no queda más que el nombre como a las viejas octogenarias que se llaman Laura o Elvira” (Cap. XLII).

El espectáculo del crepúsculo

La situación geográfica de Atenas por el hecho de estar encajonada entre cerros permitía que desde algunos puntos de estas colinas se pudiese gozar de la belleza del panorama y del crepúsculo. Para Paz Soldán en las célebres colinas de Atenas “se han impreso las huellas del pueblo más ilustre de la tierra, cuyo recuerdo durará lo que dure el mundo”:

“El espectáculo del crepúsculo en esa ciudad, no me recordaba ninguno de los que yo había admirado en otras regiones más privilegiadas por la naturaleza. Era una belleza austera, silenciosa y desmantelada, el cadáver grandioso, la tétrica sombra de lo que fue. No se ven por cierto llanuras floridas, vegetación sin límites, arroyos que serpean, poblaciones acumuladas en la distancia; ni respiraremos un ambiente cargado de hálitos humanos, ni sentiremos resonar sobre nosotros un éter henchido de la vocinglería de cien ciudades... manufactureras y carboníferas.

Cerros pelados (el Parnés, el Himeto, el Pentélico) y montañas erizadas de rocas, es todo lo que a la vista se ofrece. Las esquinas de los rebaños y los balidos de las ovejas resuenan débilmente y a corta distancia; más lejos los ladridos de los perros y los mugidos de las vacadas; voces apagadas como el crepúsculo; pero entre esos vagos rumores, entre esa media luz se interpone el eco de la voz de Demóstenes, y la sombra de su gran figura, que parece agitarse con la majestad de la distancia, sobre

Hale Toledo, Una visión hispanoamericana de Atenas de la segunda mitad...

esa cumbre llamada hasta hoy la *tribuna de los oradores*. Los sonidos y el colorido que faltan al paisaje, están en el corazón y la imaginación del espectador.

A veces distinguía voces humanas inmediatas a mí, y al volver la cara, veía hombres que conversaban en alguna cima fronteriza, bastante apartada. El aire no ha perdido esa sutileza clásica, esa transparencia que le reconocía la antigüedad, merced a la cual desde el *cabo Suniuni*, avanzado promontorio del Ática y distante como sesenta millas de Atenas, se distinguía la punta del lanzón de la Minerva de Fidias, colocada en el Partenón.

El horizonte en las tardes de que hablo, se reviste de sus más escogidos colores, y Salamina Egina y demás islas e islotes esparcidos en el antiguo Egeo, aparecen con tintes oscuros violáceos, conforme los envuelve la sombra o la luz” (Cap. XLI).

Monumentos griegos

La revelación del pasado en Grecia a través de sus monumentos, que Paz Soldán había estudiado en su tierra natal y París, debió ser una sorprendente experiencia, más aún si consideramos que se había preparado en dos años de estudios clásicos en la capital francesa. Sus descripciones que efectúa de los principales monumentos griegos de Atenas y de sus alrededores –los más representativos de la cultura griega-, según sus propias expresiones, están hechas con la sencillez del viajero y sin el ánimo de “ofender la ilustración del lector”: “Nada nuevo pretendo enseñar a mis lectores con estos recuerdos; pero es imposible no evocarlos al frente de monumentos positivos que corroboran la verdad de nuestros conocimientos. Cuando se visita las ruinas de Grecia e Italia la revelación es tan poderosa que sólo entonces cree uno que por primera vez aprende lo que en realidad hace mucho tiempo que sabe y es por que sólo allí las ideas toman cuerpo y hasta se figura uno contemporáneo de los que paaron hace miles de años”. En otro pasaje resalta que la mayoría de las ruinas en Grecia, a veces, resultan. “indescifrables e incomprensibles para un simple viajero, que no tiene por qué ser arqueólogo”.

Una de sus primeras descripciones es la de la famosa Acrópolis de Atenas que se presentaba a la vista del viajero tan pronto se salía del puerto del Pireo. Posteriormente nos presenta al Partenón, el Templo de Minerva en Egina, el Teatro de Baco, el Estadio, la Torre de los Vientos y los Templos de Júpiter y Teseo^{****}. Todos estos monumentos fueron visitados también por Francisco de Miranda en los diez días que permaneció en Atenas en Junio de 1786^{§§§§}.

^{****} FLAUBERT, *op. cit.*, pp. 294-301.

^{§§§§} CASTILLO DIDIER, *op. cit.*, pp. 113-121.

La Acrópolis

“Acrópolis quiere decir «ciudad elevada», y desde el tiempo de los Pelasgos, raza originaria del Asia y una de las que primero ocuparon el suelo llamado más tarde de los Helenos, hubo costumbre de dotar a cada ciudad con una ciudadela, construida en el lugar más escarpado e inaccesible, a cuyo alrededor se fabricaba igualmente el templo de la Divinidad tutelar o patrona, que en su santuario guardaba el tesoro nacional. La misma población solía extenderse por las faldas del cerro, sin orden alguno. En la ciudadela de Atenas estaba el *Partenón*, en honor de la *Virgen (Parthenos)* Minerva o Atenea” (Cap. XL)*****.

El Partenón

Junto con dar una extensiva descripción de este monumento, se refiere también a las medidas tomadas por el gobierno con el objeto de proteger sus obras históricas, que hasta esas fechas habían sufrido una verdadera tala, como lo fue el caso de Partenón, prácticamente mutilado por Lord Elgin††††: “Hasta hace algún tiempo las reliquias del Partenón no estaban casi vigiladas, y los viajeros robaban a su gusto. El gran destrozador y pirata, el primero que dio el ejemplo, para enriquecer el Museo Británico de Londres fue Lord Elgin. Cuando la familia de los *Barberini* en Italia aniquilaba los antiguos monumentos se hizo un verso latino que decía: «Lo que no hicieron los bárbaros lo hicieron los *Barberinos*». Teniéndolo presente Lord Byron, dijo más tarde con motivo de las piraterías de Elgin. «Lo que no hicieron los bárbaros un escocés lo hizo»†††††.

Quod non fecerunt Gothi, hoc fecerunt Scoti

Después de haber descuidado las ruinas por algún tiempo, el gobierno de Atenas se había pasado al otro extremo y la vigilancia era tal que casi no se podía dar un paso por el Acrópolis, sin llevar tras de sí un guardián, cargo que ha sido encomendado a algunos inválidos del ejército”.

He aquí sus notas y observaciones sobre este magnífico monumento universal:

“La fachada principal del Partenón mira al Este, así es que al entrar al Acrópolis por la entrada, esto es, por las *Propileas*, o los *Propileos*, como traducen otros, se atraviesa el *pórtico*, el *opistodomo* y la cella antes de llegar a la fachada

***** FLAUBERT, *op. cit.*, pp. 290-292.

††††† Ver CASTILLO DIDIER, MIGUEL, “Los mármoles exiliados de la Acrópolis de Atenas”, en *Byzantion Nea Hellás*, Nº 22, 2003, pp. 267-268.

††††† FLAUBERT, *op. cit.*, p. 295.

Hale Toledo, Una visión hispanoamericana de Atenas de la segunda mitad...

principal. Las *propileas* o *antepuertas* son un magnífico vestíbulo subsistiendo las soberbias columnas y restos del arquitrabe. En el centro había una gran escalera y a los lados rampas para los caballos y carruajes. De cada ángulo del edificio se desprende y lanza a vuelo una cabeza de tigre o de pantera, destinada según parece al derrame de aguas fluviales.

Cada frontis termina por un triglifo angular, y no por una métopa como acostumbraban los romanos. En la *cella* se ven las admirables métopas esculpidas que adornaban los frisos. También se ven restos considerables en las paredes bizantinas, hechas cuando el Partenón fue convertido en iglesia o mezquita. Las gradas que conducen al templo de Minerva están cubiertas por el adorno que la naturaleza suele echar en esta clase de monumentos, que son algunas plantas parietarias, y también entre ellas, diversas florecitas blancas.

Colocándose uno en el centro del templo, y con el rostro vuelto al Oeste, divisa por entre la alta y angosta puerta que parece abierta de un tajo, divisa como por un *caleidoscopio*, una serie de colores y objetos preciosos; una llanura verde, un mar azul, y las diversas islas con su tinte violáceo o ceniciento. Volviéndose al Este la vista se encuentra bruscamente detenida por el monte *Himeto*. Siguiendo sus ondulaciones se va a parar al Pentélico, puesto de través. Viene enseguida el Parnés, y finalmente un montecillo con su cima coronada de árboles, entre los cuales blanquea un pequeño edificio: es el convento de *San Elías*. Contorneando la falda de ese cerro, se entra en el *desfiladero místico* que conduce a Eléusis, de que he hablado, así como de las procesiones o *teorías* llamadas *Panateneas*, que anualmente lo recorrían.

La columna del Partenón estaría íntegra, si un polvorín enterrado en medio del templo, no hubiera hecho volar toda esa parte ahora dos siglos. Sólo subsisten, la parte anterior y la posterior con gran montón de escombros en el medio.

El cerro sobre el cual descansan estas ruinas, es escarpado y tiene la forma de un cono trunco. Su base está circunvalada por la gran muralla histórica en que, han puesto mano tantas generaciones. Allí los pelagos (unos 16 siglos antes de Jesucristo); allí Temístocles y Cimón (siglo V a. C.) y allí por último, turcos y venecianos casi de nuestros días. Como cada generación ha ido construyendo cada uno de los cuales se diferencia tan bien de los demás, comolas diversas firmas autógrafas de un álbum” (Cap. XVI)

El Templo de Minerva de la Isla de Egina

A los pocos días de estar en Atenas, Paz Soldan tuvo la ocasión de ir a visitar la isla de Egina, que se encuentra al frente del Pireo, de donde resultó esta escripción:

“Fondeamos en la isla de *Egina* en una playita solitaria, elegantemente arqueada por la mano de Dios, y formando la más diminuta ensenada que puede imaginarse. Se llama *Hagia Marina*, Santa Marina. No menos de tres cuartos de hora

se necesitan para subir la cuesta y llegar a la cima de un cerro alto, escarpado, pedregoso y salvaje como todos los de esta parte de la Grecia o Ática, y sobre el cual se eleva, majestuoso aún, el templo dedicado a Minerva, según algunos, y según los más, a *Júpiter Panhelenio*, es decir, de *todos los helenos*, agradecidos al Padre del día o *Diespiter*, por haberlos salvado de una gran calamidad de hambre universal.

Sólo subsiste del templo, la fachada, y un pedazo de cada ala con su respectivo arquitrabe, la cornisa ausente. Las figuras que adornaban el frontón han ido a enriquecer el Museo de Munich, según sabía yo y me confirmó mi anticuario compañero. El templo es de orden dórico, como todos aquellos que se dedicaban a alguna divinidad austera o de excelsa jerarquía, y el único que he visto de piedra gris, pues todos son de mármol. Esto lo hace más adusto, más imponente, y más en armonía con la severidad del sitio. El orden dórico es el que más me agrada entre todos los órdenes arquitectónicos; tiene cierta desolación, cierta inmensidad que halaga, como el mar, como el cielo y como el horizonte. Algunas columnas aparecían carcomidas tal cual si fueran de madera o hierro. Unas eran monolíticas o de una sola pieza; otras se componían de aquellos trozos redondos, idénticos a una rueda de molino, y que los franceses llaman *tambores*, los cuales van unidos entre sí por abrazaderas de hierro, que sólo se descubren al desbaratar las columnas.

Las primeras columnas, en número como de veintidós, estaban todas en buen estado, salvo la carcoma y una que otra rajadura; las segundas, rotas a mano en la coyuntura de los *tambores*, quizá para extraer la llave de hierro de que he hablado” (Cap. XLI).

Las Ruinas del Teatro de Baco

Durante su estadía en Atenas Paz Soldán fue testigo de los trabajos arqueológicos que se desarrollaban para desenterrar las ruinas del Teatro de Baco, al pie del Acrópolis, hecho que había convertido el lugar en el paseo favorito de la ciudad: “Allí –dice Paz Soldán– se encontraba por las tardes una concurrencia muy variada, de mujeres, hombres, niños, gentes de tono, aldeanos y extranjeros”. Y agrega:

“Los hijos del país seguían los progresos de la excavación del teatro de Baco con un interés laudable, y era conmovedor ver cuanto se preocupaban con todo lo que tenía relación con lo que ellos creen firmemente y a pie juntillas sus antepasados, Mercurio, Dios de las especulaciones y el comercio, es el único griego clásico que aún parece respirar por ese suelo. Los concurrentes al teatro de Baco se agazapaban ante cada nuevo sillón de mármol, hecho de una sola pieza, que salía a luz, para desentrañarle la inscripción si es que la tenía; y vanamente porque el griego antiguo es incomprensible hoy para las clases no cultas” (Cap. XLI).

El Estadio

Señala que “el Estadio era la arena destinada a los famosos ejercicios corporales que con el nombre de *Juegos*, se celebraban en toda la Grecia, y

Hale Toledo, Una visión hispanoamericana de Atenas de la segunda mitad...

especialmente en *Olimpia*, y que traían asimismo certámenes y concursos de toda especie, en los que los filósofos, poetas, artistas, etc., exhibían o recitaban sus obras. El de Atenas servía exclusivamente para la carrera de a pie y para la lucha. Fue construido 350 años antes de Jesucristo, y reconstruido en la era cristiana por Herodes Ático. Del Estadio salían las célebres procesiones conocidas con el nombre de *Panaleneas*, que se dirigían al pueblo de Eléusis a celebrar los Misterios o ceremonias religiosas en honor de *Ceres*. Dichas procesiones llevaban el nombre de *Teorías*.

La obra de mano en el Estadio, como en la mayor parte de los anfiteatros antiguos, se reducía a excavar una escalinata continua en la falda de los cerros encargados de delinear la planta del edificio. El Estadio parece una sala natural, formada por la naturaleza. Al fondo y hacia la izquierda de este salón, descúbrese una especie de caverna muy larga y muy alta, a manera de túnel o socavón, que perfora la colina por ese lado de parte a parte, y al salir de la cual se encuentra uno a campo raso. Se supone que por allí penetraban los enjaezados caballos y ricos carros que debían formar el cortejo de las *Panateneas*; o que era la salida de los atletas vencidos” (Cap. XLI).

La Torre de los Vientos

Según Paz Soldán la *Torre de los vientos* es una de las muchas “reliquias de la antigua Atenas que ha venido a verse y a quedarse empotrada, y como cautiva en la moderna”.

Continúa: “Semejante a la *Giralda* de Sevilla y otros monumentos análogos, el edificio en cuestión señalaba el viento reinante con una veleta o giraldilla de que estaba coronado, y la cual por medio de un mecanismo, reproducía sus movimientos dentro de la torre con una aguja o manecilla. En cada una de las ocho caras exteriores de la octógona torre hay esculpida una figura tendida volando que personifica, con los posibles atributos a uno de los vientos, cuyo nombre lleva escrito al lado en griego. Allí el viento norte (*Bóreas*), el del oeste *Céfiro* y también favonio, el del sudoeste *Lips* en griego, *africus* en latín, *sirocco*, en italiano y en español *ábrege*; el *Noto*, el *Euro*, etc.” (Cap. XLII).

El Templo de Júpiter

Junto con el Partenón es el segundo monumento que describe con mayores detalles, conservando siempre la sobriedad en vías a entregar un cuadro sucinto y sin pretensiones del objeto que es tema de explicación: “El Templo de Júpiter Olímpico, es decir, las trece o diez y seis soberbias columnas que de él subsisten, se elevan lo mismo que el Templo de Teseo, en una bellísima explanada, sobresaliendo en toda su majestad y aislada de todo empotramiento vulgar, de toda fea vecindad moderna, porque aun el cafecito *hipetro* establecido entre ellas hace resaltar más su belleza produciendo en el ánimo una mezcla agradable de impresiones opuestas.

Muchas dudas y disputas ha habido acerca del fundador y de la época de este templo: lo único que consta es, que no fue concluido sino por el Emperador Adriano en el siglo II de la era cristiana; y como, su fundación data probablemente del siglo VI antes de Cristo, época de Pisístrato, tirano de Atenas, resulta que en su construcción se emplearon como 750 años. Al hacerse cargo de la obra Adriano, iba gastada una enorme suma.

Nada más grato en las tardes, que sentarse a tomar café recostado en una de esas amarillentas y ennegrecidas columnas, que con los siglos han tomado el color de las pipas que los franceses llaman *culotées* color entre dorado y tostado. Una de las columnas yace acostada por tierra, en toda su longitud, y sin que le falte nada, desde la base hasta el capitel. Los *tambores* que la componían desunidos y caídos sesgadamente unos tras otros a manera de escamas, presentan el aspecto de un naipe tirado negligentemente sobre un tapete después del juego. Los muchachos y aun las personas de más estatura, que por travesear o curiosear se metían entre ellos desaparecían del todo lo que dará idea del enorme grosor de esas columnas cuya altura pasa de 20 metros. Algunos de los tambores tendidos por el suelo a manera de barajas como he dicho, conservan todavía las abrazaderas de fierro que los unían entre sí, esperando que algún piadoso heleno, venga a llevárselas a su casa.

Las mesitas de humilde pino, sillas, y bancos del café se extienden en gran número por la explanada, colocadas muchas de ellas entre las mismas columnas o al pie lo que, por comparación da a éstas un grandor desmesurado pareciendo microscópicos los individuos y los objetos diseminados por su base; mayormente cuando se les divisa a la luz del poniente, bajando uno del acrópolis u otra altura inmediata.

Trece columnas se mantienen todavía reunidas por su arquitrabe y formas dos hileras o sea una galería. A pocos pasos vense otras tres aisladas, una tendida en el suelo y dos en pie. En la punta de estas dos últimas se nota con extrañeza, una especie de garita de centinela anacrónica, hecha de ladrillos y mezcla, cuyo objeto no se comprende. Dice la tradición que allí hacía penitencia un anacoreta imitador de San Simeón *Estilista*, el cual efectivamente se llamó así por haber vivido encaramado en una columna, que en griego tiene por nombre *stylos*” (Cap. XLII).

El Templo de Teseo

El *Templo de Teseo*, según Paz Soldán, era el monumento mejor conservado de los que vio en ese entonces en Atenas, el que habiendo sido techado servía de museo a las mismas reliquias del lugar^{§§§§§}. Una semana después de su llegada Paz Soldán participó en las celebraciones de “la octava de la Ascensión del Señor”, fiesta religiosa que tenía lugar en la planta ubicada delante del templo. Así vio al *Templo de Teseo*:

§§§§§ FLAUBERT, *op. cit.*, p. 296.

Hale Toledo, Una visión hispanoamericana de Atenas de la segunda mitad...

“El Templo de Teseo, del hermoso orden dórico fue construido 470 años antes de Jesucristo, y como 800 después de la muerte del héroe; el cual tuvo tantos templos en vida, en homenaje a sus bienhechoras acciones que cedió varios a su amigo Hércules.

En las noches de luna, los rayos de ésta se quiebran en las amarillentas columnas del templo, produciendo los más deliciosos efectos. Toda la explanada está cubierta de fragmentos de mármol, tambores de columnas, restos de arquitrabes sarcófagos y finalmente, y he aquí la parte más cómoda para el paseante, de sillones de blanco mármol, labrados en un solo trozo y en la misma forma de esos sillones de junco amarillo de la China, que tan comunes son en el mundo. Algunos de esos sillones son dobles en una misma pieza y recuerdan los modernos sofás llamados *Entredeúx* o sillones de conversación. Todos han sido extraídos del *Areópago* y pertenecen por tanto a la antigüedad.

Por allí, por esos diseminados sillones, gozábamos ocho días después de la Ascensión, de la *retreta* que nos daba una mala música, ante un público muy poco numeroso y muy poco ruidoso pero que parecía contento. Algunas humildes familias venían a sentarse en los sillones inmediatos a mí, teniendo cuidado de darme las *Kalisperas* (buenas tardes) y las *Kalincitas* (buenas noches) al retirarse.

Las cenizas de Teseo que había muerto en la isla de Sciros, en el destierro, como la mayor parte de los benefactores de la humanidad, así en tiempos paganos como cristianos, fueron conducidos con gran pompa a la ingrata ciudad por Cimeón, general ateniense, en la misma época en que se construyó el templo. Para hacer más suntuosa la fiesta, instituyéronse juegos o certámenes especiales, y en ellos fue el que proyectó Esquilo, el creador de la Tragedia, se vio vencido por el joven Sófocles que estrenaba la primera suya. Esquilo, abrumado de dolor, se retiró a la corte de uno de los monarcas o tiranos de Sicilia donde acabó sus días” (Cap. XLIII).

Los Griegos

Sobre el pueblo griego intenta hacer una descripción sociológica, poniendo de relieve los aspectos sociales y el deseo constante de ilustrarse, que les otorga un notable grado de grandeza entre las demás razas de Oriente: “Los griegos modernos, como lo batí notado casi todos los viajeros, en medio de su rudeza y desaliño, muestran siempre un vehemente deseo de aprender y de instruirse, que los honra mucho. Sucede con ellos lo que con los descendientes de los grandes hombres, que por muy a menos que vengan, siempre conservan uno que otro rasgo de grandeza que acredita cuyos descendientes son. El nieto de un gran señor suele manifestar un carácter liberal, aun en medio de la indigencia; el del gran literato aún siendo intonso, guarda siempre un amor instintivo o cuando menos respeto por los libros y los hombres de letras, etc.” Hasta en los pequeños pueblos los campesinos interrogan sin cesar: “Uno de los cotidianos de la taberna nos hacía mil preguntas. Desde luego sacó uno de esos lapiceros de Perry y nos pidió que le explicáramos el mecanismo, la inscripción y que le dijéramos si el metal que forma la boquilla era de oro...”

Sin embargo, contrasta con este continuo deseo de superación una inexplicable melancolía que se esconde en la vida del griego. Es el peso del pasado que aún domina: “Pero el desgraciado pueblo helénico parece condenado a ser insípido y desgraciado aun en medio de sus alegrías y expansiones, salvo que el recuerdo del pasado le haga perder siempre en la comparación o que mis estudios estuvieran embotados; hallándose en tal caso; como diría Lamartine, *el espectáculo en el espectador*, o realizándose aquello de «todo es según el color del cristal con que se mira». En vano trataba de interesar mi alma en la fiesta, como sin dificultad y espontáneamente lo había conseguido en Egipto y en los alrededores de Nápoles. ¿O será que la gracia de estos pueblos de la Grecia moderna es puramente espiritual y platónica, como la de los bajos relieves y esculturas de la antigua Grecia? La danza, ora fuese la *emmelia*, ora el *cordax*, ora el *sicicnis* de los trágicos y cómicos griegos, no me seducía, y la música y las canciones me sonaban al oído y nada más, sin que me fuera dado considerar el espectáculo como otra cosa que una serie de cuadros plásticos. Nada de espíritu, de color, de verdadera animación distinguía yo en esa vida, que me parecía la de un cadáver galvanizado. Y en efecto ¿hasta cuándo vive la Grecia?

Su sola literatura, y aún sin traerla muy hasta nuestros días, ha vivido veinticinco siglos; y si a ella incorporamos los *Popularia carmina Grecia recentioris*, publicados en Leipzig y las *Cantos populares de la Grecia moderna* de Fauriel, tendremos una literatura y una lengua que completaban la desproporcionada edad de treinta siglos entre la *Iliada*, mil años antes de Jesucristo. Y los *Cantos populares* coleccionados por Fauriel en nuestros días. ¿Qué extraño pues, que la vida me pareciera gastada y como decrepita en Grecia?” (Cap. XLV). Tres cuartos de siglo antes Francisco de Miranda expresaba una opinión opuesta sobre la nación griega cuando expresaba que “cuán propensa es esta nación a la música ¡Todo el mundo canta!” *****

La religiosidad del pueblo griego es otra circunstancia que no escapa a la atenta observación de Paz Soldán: “El griego, aunque sea dragomán, si sabe de que ha de pasar por una capilla muy venerada o por un lugar de fiesta, olvida por un momento los preparativos de viaje y a su propio señor, para pensar en las velitas de cera, que, con mano triunfante, pondrá encendidas más tarde ante las imágenes que vaya encontrando”.

Posteriormente, en un diálogo que Paz Soldán sostiene con el *landlord* del Hotel de la Corona, donde se hospedaba en Atenas, deja entrever las razones del fenómeno que denomina *manía triste* del pueblo griego, que se remontan a la larga dominación del imperio turco. Este es el diálogo sostenido con el *landlord* que decía llamarse *Papadsópulos* (hijo de babuchas): “Volviendo siempre a su tema favorito o más bien a su *manía triste*, que era el cautiverio en África, me decía una noche suspirando, sentados ambos a la puerta del Hotel, que caía a la *Plaza del pueblo*, nueva y flamante como todo lo de Atenas moderna: –¡Ah! si yo hubiera querido

***** CASTILLO DIDIER, *op. cit.*, p. 112.

Hale Toledo, Una visión hispanoamericana de Atenas de la segunda mitad...

quedarme entre los musulmanes y cambiar de religión, a la fecha sería *Bajá* como otro compañero mío; al paso que ahora, ya usted lo ve, no soy más que un pobre criado —y remachó la oración con otro gemido. No dudo que el *Bajalato* frustrado; el *Bajalato* casi habido y por siempre perdido, era lo que constituía al mayordomo melancólico, abatido y alucinado”. Enseguida Paz Soldán expresa “¡No sabe un pueblo el daño que hace a otro, con dominarlo y tiranizarlo por mucho tiempo!”, para señalar que todavía estaban presentes las huellas del reinado de los turcos en Grecia.

Finalmente, pone especial énfasis en la sencillez y fraternidad, dos aspectos que caracteriza a los griegos: “Como se ve, los griegos son bastante sencillos, y tan fraternales, que entre ellos dos desconocidos no se llaman *jeh, lá bas! jeh, l'homme!* como en Francia, sino *jadelphé!* que es el vocativo de hermano, en moderno y en antiguo”.

Literatura y cultura

Paz Soldán se proyecta al pasado clásico griego y establece el vínculo que ha mantenido viva y vigente a la cultura de la antigua Grecia. En este sentido expresa que “el mejor comentario de la literatura griega antigua, su mejor edición, su mejor maestro es venirse a Grecia, y vivirla, y familiarizarse con su idioma. Verificado esto, esa literatura considerada como enigmática, se nos presenta tan clara como cualquiera otra extranjera moderna”.

No esconde su admiración por el esfuerzo desplegado por la sociedad en la Grecia clásica para lograr una total integración del hombre con el arte: “Después de todo, si la escultura, literatura y teatro de la antigua Grecia, hablan tan alto y elocuentemente, no es porque los hombres de entonces fueran mayores que nosotros, sino porque no habiendo en aquellos días la imprenta, ni periódicos, ni vapores, ni telégrafos que distrajeran la atención, la escultura, la poesía, el teatro eran los solos medios de expresión, y la única ocupación.

Por allí se iba toda la fuerza humana, toda la actividad intelectual no sólo del pensador, sino del espectador u oyente, que no tenía otra cosa con que preocuparse. El teatro además, estaba tan identificado con el culto, que el edificio en sí era como una suntuosa basílica, y la representación, como una fiesta religiosa. Respecto a la poesía, venía acompañada del triple encanto de verso, música y danza, y no era una mera quemazón de ojos a la luz de un pitón de gas, como la poesía moderna. El idioma griego abrazaba tres o cuatro dialectos que se confundían cuando se quería, en uno solo, como lo hizo Homero, lo cual multiplicaba los recursos poéticos” (Cap. XLV).

Observaciones y comentarios sobre la lengua Griega

El aprendizaje de la lengua griega ocupó un lugar especial para Paz Soldán en su viaje a Oriente. Aprovechó toda oportunidad para practicarlo, incluso con los griegos que encontró en Egipto. Dice “dos meses pasé en Atenas: *dyo minas is tas Athinas* para hablar griego”. En otro pasaje señala que “nada podrá dar una idea más viva de la Grecia, que su actual lengua viva”. Expresa que el idioma griego es lo más

interesante de la Grecia moderna después de sus antigüedades, “aunque

A lo largo de sus Memorias intercala continuamente observaciones sobre sus conocimientos del griego moderno, además de dedicar prácticamente todo un capítulo (el XLVI) al estudio del griego, combinando gramática, pronunciación, ortografía, uso de neologismo, etc., en forma sucinta y didáctica.

- Advertiré una vez por todas, que al transcribir a caracteres latinos palabras del griego moderno, no buscaré precisamente las letras que corresponden desde tiempo antiguo, sino las que mejor reproduzcan su sonido para nosotros. Así, por ejemplo, la palabra «*xenodogíu*», se escribe con «x», no solo al principio, sino al fin; mas como la segunda suena como nuestra «g», la represento por esta letra. El verbo «*érjomai*», se escribe con la letra que los latinos traducían por «ch», como se ve en «*chronos*», (*ironos*) que significa tiempo y yo la reemplazo con nuestra «jota», que es el sonido que suelen darle los griegos modernos, como se ve en «*Jristo (christo)*» y otras palabras en que entra la referida letra griega. El diptongo «*ai*», suena como «e»; «*ei*» y «*oi*», como «i», y «*ou*», como «u». Las combinaciones que dan el sonido de «i» en el actual alfabeto griego, son muchas. Además de los dos diptongos citados, suenan así la letra «*eta*» (que hoy es «ita») el «*upsilon*» (o *psilon*, como que de él salió nuestra «y» griega) y la misma «*iota*», que es la «i» latina.
- Los europeos pueden pronunciar del modo que gusten el griego clásico, yo, desde que oí a los griegos modernos, me adherí enteramente a su pronunciación, creyendo que ellos tienen más derecho que cualesquiera otros a legislar sobre esta materia.
- Al mismo «*upsilon*» le dan en ciertos casos el sonido de «f», como se ve en la palabra «*eftis*» y que significa «inmediatamente», equivaliendo al «*tout de suite*» de los franceses y al «súbito» de los italianos.
- Lo que más llamaba mi atención en los primeros momentos era los gritos de los pregoneros, causándome asombro, y pareciéndome un sueño, ver hablado y por tan humildes bocas, un idioma que se ha reputado un mito, y por el cual nos han hecho concebir en las universidades un respeto religioso, y hasta una especie de fanatismo.
- «*Órnitha, órnitha*» gritaba desgañitándose el vendedor de gallinas. He aquí, pensaba yo para mí, la etimología o poco menos, de «ornitología» «*Kryo nero*» agua fresca, chillaba otro. Lo que es aquí, el clásico «*hydor*» se ha convertido en «*neró*»; pero ya hallaremos la explicación en «*neraida*», y en el mismo adjetivo «*neros*», que en griego antiguo significa «húmedo»; y

Hale Toledo, Una visión hispanoamericana de Atenas de la segunda mitad...

veremos que por «*fas*» o «*nefas*», el helenista halla siempre alguna relación entre el griego de hoy y el de marras.

- ¡*Glyká portugalla!* (naranjas dulces) «¡*Kérasí Kalo!*» (las buenas cerezas) llegaban hasta mi oído, recordándome los radicales clásicos conservados en «*glycosis*» y en las innumerables palabras que empiezan por «*kalo*».
- En cuanto a «*portugalla*», es uno de los mil neologismos que las necesidades modernas o el comercio han introducido en el griego.
- No menos agrado me producían las palabras y frases sueltas de las conversaciones familiares. «*Oriste*» (mande usted, decía el uno), «*érxome*» (ya voy), repetía el otro; «*kalá*», está bien, «*istokaló*», (*eis to kaló*) adiós, etc.
- Los viajeros helenistas han notado con asombro, que mientras palabras relativamente modernas, del siglo de Pericles o Alejandro Magno, por ejemplo no han llegado hasta los griegos modernos, éstos conservan y usan otras homéricas, y aun antehoméricas, y hasta del tiempo de los Pelasgos, anteriores en Grecia a los helenos.
- El que habla español, nota con agrado en el griego moderno la abundancia de esdrújulos y de *eses* finales pronunciadas, tan características de nuestro idioma y tan embarazosas no pocas veces al hablar de prisa. La única diferencia consiste en que aquéllas no son signo invariable de plural, como podrá observar el lector en las palabras y frases que he de dar a continuación.
- En cuanto a la facilidad de la pronunciación, baste recordar que larguísimas palabras del griego antiguo (nombres propios) son deletreados hoy por cualquiera con la mayor facilidad, como se ve en *Anaxágoras*, *Jenófanes*, *Epaminondas*, vocablos de muchas sílabas, y todas distintas y despejadas. Mientras tanto un alemán no puede leer el cortísimo nombre de *Goethe*, sin metamorfosearlo en un sonido ahogado, apenas traducible por *Geut*.
- La parte más desconsoladora del griego moderno, parte por fortuna muy expurgable y muy expurgada ya, merced a la piedad de algunos acendrados patriotas helenos, son los neologismos, franceses, italianos y hasta turcos que lo enturbian, las más de las veces sin necesidad.
- Compréndese verbigracia, que llamen *stofatos*, tomando la palabra del italiano, a un plato moderno; mas no que innecesariamente digan *merci* por *elkaristó adio* por *is to kaló* (literalmente; *vaya U con bien*) *fešta* por *eorti*, y por último *jaman* (*baños*, palabra turca) por *lutrá*.

Byzantion Nea Hellás 25, 2006

- ¡Cuánto más afectuoso no es el *is to kaló* que el *adio*, y cuanto más evangélico y *eucaristice* el *efkaristó* que el *mercí*! ¡Cuánto más nacionales en todo caso!
- No parecen probar más semejantes neologismos, que el triunfo de lo nuevo sobre lo viejo; el irresistible empuje con que el lozano botón de la mañana se sobrepone al ya leñoso vástago de otros días.
- El griego se cae de maduro y viejo, y es tiempo de que se jubile. Parece que el cielo conserva la vida a este anciano de las lenguas, por lo mismo que no le ha dado prole. El latín, reproducido, asegurado en tantas lenguas, cuantas se nombran neolatinas, desapareció. El griego, semejante a los grandes hombres, no ha procreado, y se sobrevive él mismo para representarse.
- Muerto él, no podrá ser recordado sino muy débilmente, porque la lengua que más se le asemeja y que vulgarmente pasa por hija suya, la latina, es sólo su hermana.
- Él y ella no proceden ni del sánscrito siquiera, también hermano, aun cuando primogénito, sino de una lengua anterior, primitiva, perdida, del Asia Central la lengua *Ariana* o de los *Arios* madre de todas las denominadas indoeuropeas.
- Los neologismos formados con palabras griegas para designar cosas nuevas, son en cambio, muy lógicos unas veces, muy felices otras.
- Nada más racional que aplicar a la yerba de Monsieur Nicot y al acto mismo de fumar, el nombre que en lo antiguo pertenece a *humo*, que es *kapnos*, que como tal se eleva al cielo en las hecatombes de la *Iliada*. Los griegos modernos dicen *kapnó*.
- La bárbara inflexibilidad de nuestras lenguas ha hecho que aceptemos tales como nos vienen, algunas palabras técnicas, ya inglesas, ya francesas, relativas a inventos o descubrimientos. Decimos por ejemplo *wagon*, sin alterar en lo menor, porque no podemos, esa palabra extranjera. Hoy se escribe *vagón*.
- Mientras tanto los griegos, considerando que designa un *carro de vapor*, y que para la primer palabra tienen *amaxa*, y para la segunda *atmos*, combinan ambas y con toda perfección dicen *atmamaxa*, llamando asimismo al *Vapor*, *atmoplío*, *barco de vapor*. El *daguerreotipo* se convierte en *iliotipía*, *impresión del sol*, siendo tal vez ese el único país donde Mr. Daguerre no entra incorporado a su invento.

Hale Toledo, Una visión hispanoamericana de Atenas de la segunda mitad...

- Para que el lector juzgue de lo bonitamente que suena el griego moderno, repase las siguientes expresiones familiares: *¿Ti ora ine?* ¿qué hora es? *Then gnorizo*, no sé; *¿Pos onomazis?* ¿cómo te llamas? *¿Ti Kámmis?* o *¿ti kámmete?* en segunda persona de plural, ¿cómo estas? ¿cómo estáis? y también *¿pos egis o pos égete?* *¿Xevris elenika?* ¿Hablas griego?, *¿Nystazis?* ¿tienes sueño? literalmente, ¿no *cheas?* *Ela edo, ela mesa, ela apano*, ven acá, entra; sube.
- El *oriste?* que anda en boca de los mozos de café y de toda gente urbana, es el *comande* de los italianos y otras veces su *favorisca*; el *plait il?* y *please?* de franceses e ingleses, y finalmente nuestro *mande usted, haga usted el favor*.
- El *málista* es el *of course* de los ingleses, el *sicuro* de los italianos y el *¡por supuesto!* y *¡cómo no!* nuestro. Aunque a las veces no pasa de un mero sí afirmativo.
- Un griego que ve llegar a otro, le pregunta ¿si viene de *Sira?* (una de las Cícladas, largamente celebrada en la *Odisea*), y el interrogado responde *málista*.
- El negativo *ogí*, no, es muy gracioso. No diré otro tanto del afirmativo *ne, sí*, que para cualquiera que no sea muy griego, tiene el gravísimo inconveniente de confundirse con la más rotunda de las negaciones, que en todas las lenguas europeas es *no*.
- El alfabeto de los griegos, carece del sonido *b* porque la letra de este nombre (*beta*) suena invariablemente como *v* y se llama *vita*.
- Para obtenerlo, recurren a la molesta combinación *mp*, escribiendo *mpompa* por *bomba*.
- Al estudiar el griego moderno, hay que precaverse contra la significación general que en él tienen, palabras que nosotros tomamos del griego clásico, y que hemos conservado en un sentido limitado y hasta técnico.
- Así, por ejemplo, las palabras *filósofo* y *filológico*, tan poco usadas entre nosotros cuanto es desconocida la materia a que se refieren, son vulgares en Atenas y se leen en la cabeza de todos los diarios, porque significan meramente literato y literario.
- *Eforía*, que recuerda la antiquísima institución de Esparta, y luego de toda Grecia, hoy parece significar apenas una administración o dirección

cualquiera, pues por tal la interpreto en esta frase: *I Eforía tis ethníkis Bibliothíkis*, «La eforia» de la biblioteca nacional.

- Una tesis es meramente un asiento de *ómnibus*.
- Quizá la abundancia de *ies* hace un tanto desagradable, o por lo menos extraño el griego moderno (también llamado *romaico*).
- Suenan como *i*, las letras simples *eta*, *upsilon*, *iota*, y los diptongos *ei*, *oi*, etc., como ya creo haberlo dicho antes. En la sola palabra *peri-i-gui tís*, *viajero*, entra cuatro veces el sonido de aquella aguda vocal, como en nuestra palabra *insignificante*, con la diferencia que en esta última las *ies* se hallan convenientemente separadas, y mezcladas con tan varias consonantes, que resulta un sonido agradable.
- La mejor obra sobre griego moderno escrita y publicada en Atenas misma, es el *Diccionario greco francés y galohelénico* de Ch. D. Byzantius. También hay varias gramáticas en francés y en inglés, y una traducción al griego moderno de *Pablo y Virginia*, lindamente impresa por Didot en París, así como las «*Popularia Carmina Graeciae recentioris*» en Leipzig

El Traje Nacional

Las Memorias de Paz Soldán poseen también apartados con informaciones del ámbito socio-cultural, como la folklórica descripción del traje nacional griego, tanto de los hombres como de las mujeres. Su desagrado hacia el traje nacional griego lo manifiesta con la gracia y humor que está presente también en otras partes de su obra: “El traje nacional llamado «*patikari*», es un verdadero vestido de fantasía. En los niños o adolescentes es bonito, y recuerda a los «*meninos*» de las antiguas cortes españolas y portuguesa; mas no en los hombres ya rígidos y duros, y aquíjotados, y mucho menos en los que son del tipo de Sancho Panza, porque entonces las carnes parecen rebalsar y derramarse por el ajustado justillo, así como los enjutos parecen angelones de procesión” (Cap. XL).

Este traje se compone –dice- de unas blancas enaguas, que perfectamente ceñidas a la cintura, bajan en innumerables pliegues y con gracioso vuelo no más que hasta la rodilla; de un chaleco o justillo rojo o morado, lleno de grecas; un ancho ceñidor de seda de colores vivos, al cual suelen ir colgadas las pistolas en el campo; un gorro color grana con borla azul, y unas polainas que hacen juego con el justillo y que recuerdan el calificativo de Homero en la *Ilíada*: «*efmenides Achaion*», los «Aqueos bien empolainados». Este traje de bailarina, y que a veces aun parece delatar un corsé, no puede menos de asentar muy mal a hombres que, como el rey Othon, por ejemplo, habrían sido llamados en la *Ilíada* «anchos de cintura». Ya he dado una ligera idea del traje nacional en los hombres, veamos ahora el de las mujeres. Lo único que

Hale Toledo, Una visión hispanoamericana de Atenas de la segunda mitad...

diferencia a las de Atenas del bello sexo de otros países, es un gorrito colorado que llevan en la cabeza, y que con el peso de la borla azul se rinde a un lado, y el cual lejos de agraciarlas hace resaltar más su ausencia de gracias. Puede que también en este terreno el peor enemigo de la Grecia sea su *pasado* Llena la imaginación de las Helenas, las Andrómacas, las Penélopes, las Náusicas y las Venus, tales como las describen los Homero y los Fidias, es natural que se descontente al no hallar en las bonachonas hijas de la actual Atenas, el refinado idealismo que expresan aquellos tipos. Un adminículo como el gorrito de que hablo, está pidiendo a gritos una carita mona, picaresca, vivaracha, despercudida, y no una cara pesada y chata, con grandes ojos saltones que se quedan atónitos ante las miradas significativas de los extranjeros. El gorrito-mueca con su respectiva borla, no cumple pues las promesas picarescas, retrecheras y maliciosas que parece encerrar” (Cap. XL).

La trilla del trigo

Como conocedor de las faenas del campo, pues provenía de una rica familia de hacendados del Perú, Paz Soldán no deja de contrastar hechos comunes a su país con la misma actividad en la nación extranjera que visita, creando de esta manera la vinculación cultural y social que siempre proyecta en primer plano. En este sentido la escena de la trilla del trigo es un buen elemento que le ayuda a este propósito: “Siguiendo el camino de Patisia se llega al pueblecito o cortijo de este nombre que por sus flores y huertas es a Atenas lo que el Cercado a Lima. Puede decirse que en él hay más árboles que casas. Una tarde que regresaba de vagar por esos sitios cerca ya del café más inmediato a la ciudad, se me ocurrió echar por ese lado, porque aún no conocía por allí la campiña de Atenas. De trecho en trecho iba encontrando unas pequeñas granjas aisladas, hasta que un olor de pan vino a halagar mi olfato. No tardé en descubrir una era, en la que trillaban trigo de un modo bastante primitivo, verificando con bestias de silla, la operación que en la *Iliada* se hace con bueyes.

En el centro de la era, habían clavado un horcón, al cual estaba atada una pareja mixta compuesta de rocín y mula. La cuerda era bastante larga para que ambos cuadrúpedos en sus giros ya en un sentido ya en otro, pudieran llegar hasta los límites extremos de la era, y volver en seguida al poste. Un muchacho les hacía dar vueltas alrededor del poste central. A cada nueva vuelta se les acortaba el tiro, y alejándose de los bordes se acercaban proporcionalmente al centro a que iban envolviéndose poco a poco hasta llegar a dar de hocicos en él. Volvían a girar entonces en sentido contrario, y a desenvolverse y de esta manera iban describiendo una serie de círculos excéntricos y concéntricos.

Enormes parvas o gavillas rodeaban la era, las unas con la silicua, hinchada todavía esperaban la trilla; las otras trilladas ya, eran pesadas como haces de paja a cabeza de hombre, y despachadas a la población. La pesa a cabeza de hombre, se practicaba del modo siguiente: dos hombres pequeños, rechonchos y del mismo tamaño, se colocaban frente a frente, como dos jambas de una puerta. Sobre ellos se

atravesaba, de cabeza a cabeza, un palo que venía a hacer de dintel, y de cuyo centro pendía y oscilaba por un momento el enorme lío, haz o volumen que se pesaba.

La actitud era digna de un bajo relieve grecorromano, o de un jeroglífico egipcio, o de ser representada modernamente bajo el título de la *balanza humana*. Los dos postes de ella no pestañaban, no respiraban siquiera recordando las cariátides del *Erécteo* en la Acrópolis, y la impasibilidad de otras esculturas antiguas que soportan un gran peso, con la más graciosa ligereza. El pesador consultando la barra transversal y como tomando el fiel de esta balanza decía «*Saranda*» (cuarenta) *Saranda Kependé* (cuarentaicinco) o bien *peninda* (cincuenta) y descargaba el peso. Una vieja barría las espigas desparramadas por las patas de los caballos, cuidando que quedaran siempre extendidas en disposición concéntrica. La escoba de la vieja, de esta Ruth espigadora era un gran manojo de oloroso tomillo” Cap. XLV).

* * * *

La literatura de viajeros aporta importantes elementos para el estudio de la perspectiva romántica socio-cultural como es el caso de Pedro Paz Soldán y Unanué, que he tratado de esbozar en estas líneas. Asimismo, este texto tiene el valor de ser uno de los escasos textos de viajeros románticos en español y, más aún, sobre Grecia y otras naciones de Oriente durante la segunda mitad del siglo XIX. La visión de Grecia, Turquía o del Mediterráneo oriental del Hispanoamericano, en general, es bastante diferente de la del europeo, ya que su referente es distinto, es otro^{†††††}. Puede ser que tanto en el Perú como en Grecia los aires de libertad eran nuevos, pues ambas naciones obtuvieron su independencia sólo con la diferencia de ocho años; el Perú el 28 de Julio de 1821 y Grecia en Septiembre de 1829, después de largas luchas contra dos poderosos imperios como lo fueron el español y el otomano.

^{†††††} TOLEDO MANSILLA, *op. cit.*, p. 10.

